

LOS PRECURSORES ANTERIORES A MIRANDA

Rafael Armando Rojas (*)

El descontento y la desazón reinantes en las colonias hispanas de América, se hizo patente a todo lo largo del siglo XVIII, particularmente durante la segunda mitad, en una serie de movimientos e insurrecciones, algunos sin mayor importancia y trascendencia, pero reveladores de que en América estaba madurando una conciencia autonomista.

Durante la primera mitad de la centuria mencionada, los criollos anduvieron bastante escasos en materia de conceptos políticos y la mayoría de sus quejas versaban sobre casos concretos de discriminación respecto a los peninsulares, pero carecía de una base doctrinaria y jurídica sólida que pudiera indicarnos que su descontento iba más allá de la circunstancia personal del supuesto agraviado. Con la aparición de la Compañía Guipuzcoana comenzó a circular una corriente de ideas, de origen galo principalmente, y frente a las páginas disolventes de los enciclopedistas franceses y a la prédica naturalista de Rousseau, la conciencia criolla comenzó a despertar en el alma del americano despuntó la primera flor de rebeldía.

Hoy nos ocuparemos de esta corriente de movimientos rebeldes y de los hombres que encarnaron este sentimiento y lucharon y murieron por abrirnos el camino de la libertad.

Carlos Felice Cardot, estudia las rebeliones y motines que a lo largo del siglo ocurrieron en territorio venezolano. El historiador citado divide estos movimientos en rebeliones o motines y actuaciones de masas con dirección y metas propias.

(*) Individuo de Número. Sillón Letra "X".

Entre los primeros cita la rebelión capitaneada por el zambo Andresote, en los Valles de Yaracuy y costas cercanas entre 1730 y 1732; la rebelión y motín de San Felipe el Fuerte, enero 1740, apoyada en cierto modo por el Cabildo y la rebelión del Tocuyo de 1744, encabezada por españoles e indios como protesta a las autoridades que les obligaban a reforzar las defensas de Puerto Cabello ante las amenazas inglesas.

Los movimientos de masas a que hace alusión Felice Cardot son la tentativa de sublevación de negros y esclavos en algunos lugares de la provincia de caracas en 1749; la insurrección de Juan Francisco de León en el mismo año y la repercusión que el movimiento de los Comuneros del Socorro tuvo en las provincias de Mérida, Trujillo y Barinas y que se extendió hasta los límites de Caracas.

Disímiles y encontrados motivos nos parece ver en el fondo de estos brotes revolucionarios. Es curioso observar que estos movimientos se hicieron patentes después de la instalación de la Guipuzcoana y estaban dirigidos concretamente contra el monopolio ejercido por la empresa; eran la protesta abierta y franca de los comerciantes criollos que se sentían lesionados en sus intereses económicos por el sistema establecido por la Guipuzcoana. El gesto de rebelión de Andresote no es más que la protesta armada contra los funcionarios de la Compañía que ponían obstáculos al comercio de contrabando que se hacía desde la desembocadura del río Yaracuy, en el Caribe, con la vecina isla holandesa de Curazao. El zambo Andrés López de Rosario no fue más que un instrumento de esa protesta manejado por la clase de los criollos perjudicada en sus intereses comerciales. Como afirma Felice Cardot, Andresote “no tuvo ideología definida... Estuvo siempre huérfano de ideales”. Pero hay que convenir que la rebelión del zambo puso de manifiesto una cosa: que el baluarte de la autoridad española no era tan sólida como podría aparecer a primera vista; que podía combatírsele y que en las venas de los criollos había suficiente coraje y valor para acometer esta empresa cuando llegare el momento oportuno.

La insurrección de De León obedece a las mismas razones: protesta contra la Compañía de los vascos por sus demasías. Los amotinados de San Felipe El Fuerte se levantaron al grito de “abajo los vascos” y su gesto representa un despertar de conciencia en el que aparecen unidas las clases dirigentes, terratenientes, agricultores y cabildantes, “para defender a la ciudad contra quien venía a regirla bajo el amparo de la arbitrariedad y el terror”. Reacción también, añade el varias veces citado historiador larense, contra los poderosos funcionarios vascos que ya tenían tomados no sólo los puestos administrativos de la Compañía, sino que se iban esfumando en el Gobierno, para favorecer los designios de aquella. Movimiento de altivez y valentía que recuerda a los de las viejas ciudades castellanas. Demostración de lo que sería después cuando esas

conciencias, con claras nociones de solidaridad en la defensa común, se alisten a empresas emancipadoras”.

En la tentativa de los esclavos venezolanos que conmovió la parte central de la Provincia de Caracas, en 1749, tendremos que ver no solamente motivaciones de tipo económico, sino un anhelo de libertad y de justicia nacido en el alma primitiva de miles de seres sometidos a las más duras e ignominiosas labores, en beneficio de sus amos. La rebelión que pudo haber tenido consecuencias graves para las autoridades coloniales, fue sofocada a sangre y fuego. Al negro Manuel de Espinoza, instigador del movimiento, pagó con la horca su gesto de rebeldía, pero su nombre habrá que inscribirlo entre los precursores de la lucha contra la esclavitud en Venezuela.

También en la rebelión de los Comuneros, es justicia ver, más que simple protesta por el alza de los impuestos reales, una manera de expresar el descontento general contra un estado de cosas que ya estaba resultando **incómodo y desueto**. El movimiento patrocinado en la Nueva Granada por don José Antonio Galán, quien pagó con su vida tan noble gesto, prendió como una llamada de esperanza en tierras del Táchira, Mérida y Trujillo.

Pero no era solamente en Venezuela donde el descontento contra el régimen imperante tomaba formas explosivas. En otras regiones del Continente el alma criolla se expresaba de igual manera y, dejaba escapar sus ansias recónditas de libertad.

Entre los movimientos sediciosos que agitaron el Continente merece destacarse, como el más dramático, el capitaneado por el indio José Gabriel Condorcanqui, en el Perú en noviembre de 1780. Con la muerte en la plaza pública del corregidor Arriaga, dio el indio comienzo a una rebelión que se propagó rápidamente por el interior del país. Su bandera era la de resucitar el viejo imperio incaico. Se proclama solemnemente inca y comienza una carrera de sangre y fuego contra los españoles. Descuartizado habría de terminar Tupac Amaru; pero sus huesos se convertirán, en nuevo abono para la semilla de libertad ya sembrada en suelo americano. Si en la intención de los caciques indígenas que impulsaron este movimiento latía, es verdad, el deseo recóndito de retornar al régimen de sus mayores, alentaba también, en aquellos bravos pechos, un sentimiento de odio a lo extranjero y el propósito de eliminar de su suelo a “corregidores, chapetones y alcabaleros” que con sus insoportables gabelas y tributos los tenían tiranizados. Léase detenidamente una de sus proclamas y se descubrirá el sentido de esta rebelión: “Los extranjeros chapetones que por mar venía comiendo afrecho, como marranos, nos trataban peor que a

los chachorros, fuésemos criollos o naturales, y así mismo nos sacaban las entrañas con usuras y latrocinios; y por estas razones se mandan extrañar o extinguir”.

Movimiento este de Tupac Amaru francamente separatista y no meramente indiόfilo.

Mientras movimientos de esta naturaleza se sucedían en suelo americano, algunos espíritus selectos y llenos de patriotismo se daban a la tarea de encender con sus prédicas y coordinar con su acción, sus contactos, sus viajes, la obra de la independencia definitiva del continente americano de la tutela extranjera. Salvador de Madariaga habla en su libro **El Ocaso del Imperio Español en América**, del que él llama “granizo de precursores”. Más que granizo, decimos nosotros, lluvia, pues su verbo y su acción y la sangre que muchos de ellos derramaron fueron lluvia fecunda para que brotara a su debido tiempo la semilla de la libertad.

En la segunda mitad del siglo XVIII, Inglaterra fue escogida, entre las potencias europeas por los revolucionarios americanos, como la gran aliada de la causa de la independencia. Los autores de algunos de estos proyectos no pasaban de ser meros aventureros, ansiosos de sacar lucro y provecho de una causa que encendía los ánimos. Aquel D. Antonio Prado, alias M. de la Tour y cuyo verdadero nombre parece ser el de M. Dupreux es uno de ellos. Su proyecto de desembarcar en el Río de la Plata y el Callao con 6.000 hombres que pedía a las autoridades inglesas tenía por finalidad constituir un gobierno a la europea que abaricara Chile, Tucumán, Perú y Patagonia. Las circunstancias no favorecen al señor Dupreux. La guerra entre Inglaterra y España había terminado y aquella potencia le prestó escasa atención a los proyectos del francés.

Años más tarde, se presentaba en Londres D. Francisco de Mendiola. Venía de México, con una misión precisa: “En nombre de la ciudad y reino de México cuyos representantes somos, nos tomamos la libertad de implorar vuestra poderosa protección, oprimidos y vejados por la Corte de Madrid, que nos hace sentir diariamente toda clase de impuestos y malos tratamientos, el despotismo tiránico que anula la constitución de la libertad que nos es debida y nos pone en condiciones de verdaderos esclavos de la costa de Guinea”.

La Nueva Granada también enviaba sus emisarios a Londres: don Bicente de Aguiar y don Dionisio Contreras. En Curazao se enteran de la paz firmada entre España e Inglaterra y con esto termina su misión. Esto sucedía en 1783. En 1791 Antonio Nariño, Tesorero de Diezmos de Santa Fe, renuncia a su

cargo y da comienzo a su carrera de precursor encarecido de la causa americana. Su traducción de la **Declaración de los Derechos del Hombre** y su comprobado empeño en la difusión del papel incriminado por las autoridades le acarrea prisión y confinamiento a España. De Cádiz logra escaparse y en Madrid actúa bajo nombre supuesto. Emigra a Francia. Toma contacto con el agente de Miranda, José Caro. Pasa a Inglaterra con la ayuda de Madame Tallien. No consigue entrevistarse con Pitt y regresa a Nueva Granada, vía La Guaira. Caer nuevamente en las redes del gobierno. Esta vez habría de permanecer largo tiempo en las mazmorras. Pero su mente no permanecería inactiva. En sus oscuras vigiliadas de prisionero se fraguaba y maduraba el plan de la separación definitiva de su patria de tutelaje extranjero.

Pero entre los precursores de la independencia americana un venezolano había de ocupar un lugar de preeminencia: sería llamado “el Precursor”, por excelencia. Su nombre es gloria y prez de la historia americana. Ha sido considerado como el americano más universal de todos los tiempos. Por sus viajes, su cultura, sus gustos refinados, sus relaciones sociales y políticas estaba llamado a jugar un papel de primer orden en la escena mundial y a encarnar, en la historia americana, la inquietud y la rebeldía de su siglo. En Francisco de Miranda, criollo caraqueño nacido en 1750 y muerto en 1816 en la prisión de la Carraca de Cádiz, se concreta y sintetiza el ansia de libertad de la América meridional. Si sus constantes desvelos por lograr la ayuda extranjera, principalmente de Inglaterra para la causa americana, si sus hábiles maniobras diplomáticas frente a avisadas y experimentadas cancillerías europeas, y sus expediciones de 1806 a las costas venezolanas, no dieron el resultado que ambicionaba quien había dedicado toda su vida al ideal de libertad de su patria, no por ello, es menos grande y glorioso el nombre de Miranda en los fastos de nuestra historia. Como verdadera pionero de la gran causa americana, él desbrozó el terreno e hizo posible que el glorioso tricolor por su mente concebido ondeara, un día, glorioso sobre el suelo que lo vio nacer. Francisco de Miranda es, en la historia venezolana, el gran pórtico por el que un día habría de penetrar la figura cumbre de nuestra galería de inmortales: Simón Bolívar.

Era Bolívar apenas un adolescente cuando la insurrección Gual y España. Pero su maestro Simón Rodríguez, espíritu rebelde e inquieto, estaba envuelto en la conspiración. Si no perdió la cabeza el empecinado lector y admirador de Rousseau, optó por salir del país. En el joven Bolívar, debió surgir por vez primera, la imagen de una patria libre, tal cual la querían aquellos hombres que,

como José María España, pagaba con su cabeza el deseo de ser libre y de “restituir al Pueblo americano su libertad”. Este movimiento, como apunta Madariaga, “era un movimiento de patriotismo continental, sin más límites que los de la lengua”. Un sentimiento igualitario, inspirado ciertamente en el autor de **El Contrato Social**, se encontraba en la raíz de esta fracasada rebelión: “...se declara, se dice en uno de los artículos del Manifiesto, la igualdad natural entre todos los habitantes de las provincias y distritos y se encarga que entre blancos, indios, pardos y morenos reine la mayor armonía, mirándose como hermanos en Jesucristo iguales por Dios, procurando aventajarse sólo unos y otros en mérito y virtud que son las dos únicas distinciones reales y verdaderas que hay de hombre a hombre y habrá en lo sucesivo entre todos los individuos de nuestra República”.

Las bases del imperio español en América estaban minadas. Ya nadie podría detener la avalancha que se avecinaba. Las obras de los filósofos franceses más leídos por los americanos: Montesquieu, Rousseau, Reynal y Voltaire, habían calado muy hondo en el alma de los criollos. Su prédica servirá de bandera y el ejemplo de las revoluciones de Francia y Norteamérica, de acicate para la acción. Miranda había tomado parte en ambas cruzadas. Era un experto de la insurrección. El tremendo error cometido por Carlos III, bajo la inspiración de sus ministros jansenistas de desterrar de sus dominios a los hijos de Ignacio de Loyola, fue otra de las causas que contribuyó, de manera efectiva, a la independencia americana. El mismo Madariaga, tantas veces citado, reconoce que “la expulsión de los jesuitas tuvo para España desastrosas consecuencias... Pero las consecuencias fueron todavía peores en las Indias”. El abate Pablo Vizcardo, jesuita secularizado, publica el primer manifiesto en el que aboga abiertamente por la independencia del Nuevo Mundo. Miranda se encarga de difundir tan importante y explosivo documento. **“Carta de los americanos españoles por uno de sus compatriotas”** recorre como una chispa eléctrica todo el continente. “Las diversas regiones de Europa, escribe, a las cuales la Corona de España ha estado obligada a renunciar, tales como el Reino de Portugal, colocado en el recinto mismo de la España, y la célebre República de las Provincias Unidas sacudieron su yugo de hierro, nos enseña que un continente infinitamente más grande que la España, más rico, más poderoso, más poblado, no debe depender de aquel reino, cuando se haya tan remoto, y menos aún cuando está reducido a la más dura servidumbre”.

Ante todo esto ocurre la pregunta ¿Hizo algo España por detener esta avalancha que se avecinaba contra sus dominios ultramarinos de América?

Es indudable que entre los españoles hubo algunos espíritus lúcidos que vieron con anticipación lo que el fenómeno que se avecinaba en sus colonias. Sus críticas al sistema político y administrativo impuesto por España a sus dominios de ultramar, son como una visión profética de las guerras de secesión. Recuérdense aquellas palabras de D. Gabriel Fernández de Villalobos, Marqués de Varinas, quien después de incriminar el nefasto sistema de la subasta de cargos públicos, práctica que como una gangrena estaba carcomiendo el cuerpo social, apunta: “Que todos estos daños de codicia en las Indias, y demás dominios de V.M. acaban con ellas y se pueden llevar tras sí la Monarquía por razones de Estado”. Y más adelante añade: “Asentada máxima es que los reinos que fuesen creciendo mala sangre en lo político contra justicia, la vayan corrompiendo a la lealtad, porque cada ley es un rey y cada agravio a la ley es una ofensa pública a su rey”.

Recuérdese también aquel importante **Testamento de España**, escrito por Macanaz en 1740, que destila amargura y desilusión por ciertas prácticas españolas en Indias, y otros testimonios de esta índole que sería prolijo enumerar.

Algunos ministros avisados hicieron también oír su voz de alerta. En 1743 Campillo, uno de los ministros de Felipe V escribió un **Nuevo Sistema de Gobierno para las Américas**, en el que propugnaba los matrimonios mixtos, entre criollos y europeos y se distribuyeran tierras a los indios. El conde de Aranda, primero como ministro de la Corte y luego como embajador en Francia, presentó informes muy sagaces y avisados que tenían como meta prevenir el desastre español en América quedó a la merced del destino que con fuerza avasallante y arrolladora se gestaba lentamente en las entrañas del cuerpo social americano. Esa deidad dura e inexorable que es el tiempo conspiraba contra España. La hora de la desmembración del imperio estaba fatalmente señalada con su preciso momento y especial circunstancia.